



LAS DOS CORRIENTES

Por FERNANDO DÍAZ ALONSO

Durante algún tiempo venían siendo paralelas sus vidas, de palpitaciones tan sincrónicas como las del corazón y el pulso en un cuerpo sano.

No sé dónde se conocieron; sólo sé que cuando los unió el acaso, truncando con vitraumano desdén los sueños de ella y de él, ambos estaban ya en la edad en que han salido de las brumas de lo indeciso las aspiraciones, y tienen firme contorno los anhelos, y han adquirido colores y aromas distintivos las flores del ideal.

Sin embargo, no era ella la mujer que él había presentado, la figura de quimera de sus delirios solitarios, ni él era el hombre que ella había hecho carne, carne de fantasía, en las concepciones de sus ensueños de virgen.

¿Por qué se amaron entonces? ¿Están las ilusiones destinadas a morir al ponerse en contacto con la vida?

Ni él ni ella se detuvieron a meditar sobre este hecho; que "por algo Dios no nos puso el corazón en la frente". Lo cierto fué que, cual ladrones en ajenos cercados, entráronse mutuamente en los recintos de sus corazones para apoderarse de los tesoros de ternura que en ellos se escondían, derribando cada uno al fetiche que tuviera altar de idolatría en el pecho del otro.

Y en atracción inexplicable, por encantadas sendas abiertas entre flores, caminaron juntos en una, aunque humana, sublime hipóstasis de sus espíritus; en una casi inconsciente apostasia de sus preteritos credos ideales.

Emanaciones impalpables de las almas, magnetismos misteriosos, incomprensibles e incompredidos, pese a todas las sutilezas, a todos los sondeos de las ciencias psíquicas.

Así, en un concierto mágicamente armonizado de voluntades, yendo siempre a un paso de la ventura a los humanos asequible, ella y él, rendidos a la dulce esclavitud de su idilio, daban vida a la admirable sugestión de Baudelaire; se embriagaban de juventud, de alegría, de felicidad...; pero se embriagaban.

¿No es la tierra bienhechora la que abre su seno bendito al brote de las flores, que regalan bellezas a la vista y al ambiente sensuales calideces de perfumes? ¿No es el campo fecundo el que elabora en su entraña el triunfo del árbol, ornato bello, sustento sano, sombra apacible, oxígeno vital; del árbol, que paga con generosidad evangélica la crueldad del hacha que lo corta, tornando en el hogar, con el "amor" de su lumbre, dinámica al organismo medroso ante los crudos rigores invernales? ¿Y no son las convulsiones telúricas, las horribles conmociones de escueto tan pródigo, tan amante, tan bueno, las que, en imponentes cataclismos, sepultan ciudades, engendran muerte (sinistra paradoja), espanto y ruina?

Pues al igual de la tierra, maternal y destructora, el amor de los héroes sin nombre de mi historia sufrió una conmoción violenta, un choque terrible e insólito, y en las resquebraduras que en sus corazones dejara el fenómeno endopsíquico abriéronse flores, de pesar primero, espinosas flores de despecho después; flores piadosas del olvido más tarde... Y sus vidas, paralelas durante unos años, trazáronse divergentes senderos que las conducirían... quien sabe adónde. Fué el tiempo realizando su labor extirpadora de recuerdos, y ambos, espíritus fuertes, acogién-

dose al "estaría escrito" de los fatalistas, continuaron volviendo páginas en el libro interminable del Destino. Claras linfas de dos manantiales más o menos cercanos, que al brotar de los senos de la madre común, se mezclan, bullidoras, trezando sobre un solo cauce su riente canción cristalina, hasta que un escollo en su marcha, acaso de los mismos accidentes del terreno, las bifurca en corrientes de opuestas direcciones, en hilos que ya no son de naturalezas distintas, aunque lo fueran las fuentes de que surgieron, porque ha tomado cada uno de ellos de la esencia del otro...

Así fueron los amores de ella y de él, así se distanciaron, así cada uno de ellos se llevó del otro algo esencial, algo

imborrable, a través de las nuevas peregrinaciones que aislados emprendían sus espíritus.

El sol, próximo al ocaso, doraba aún la tierra con el oro pálido de sus tintes crepusculares, y la alegría, que también es sol, doraba las almas. La multitud, aparentemente dichosa, invadía las avenidas del jardín público, ávida de la brisa fresca que le había negado, con cruel avaricia, el día canicular. En una pequeña glorietta umbrosa, medio escondida en las frondas, ella y él, alejados del bullicio, reposaban. La locura gorgojadora de los pájaros, la deliciosa greguería de las risas y los gritos infantiles que hasta ellos llegaban como tamizados por el espeso tejido de verdor,

apenas si lograban distraerles de sus pensamientos.

Muchos años, si no los bastantes para que envejeciesen, habían transecurrido desde el día de su ruptura, y al encontrarse de nuevo se reconocieron; que a través del cambio de los rostros, las miradas de ambos conservaban aún destellos de unos espíritus que les eran familiares. Y fué él quien intentó licuar a la llama de la evocación el bloque de hielo que los separaba y que ya no podía fundir el débil calor de unos corazones casi marchitos. Y fué ella quien, con su ternura acogedora, dió lugar a que se iniciara, en competencia de íntimas y sinceras expansiones, la revisión de las horas que vivieron tras su divorcio sentimental.

El, empujado por todos los vientos, quemado por el sol de todos los climas, acariaciado o combatido, alternativamente, por la suerte o por el infortunio, mecido por todos los vaivenes de la vida, habíase repatriado, pobre en recursos y rico en decepciones. Ella, no más venturosa, hubo de llorar perfidias; víctima de todas las inconstancias de los hombres, sintió sangrar su corazón, herido por todas las armas del desengaño; pero ni él ni ella tropezaron con un ser digno de que se le hiciese el sacrificio de una voluntad, de un amor, de una vida...

Ninguno de los dos había vuelto a pisar sendas de encanto tapizadas de flores; ásperos caminos habían hallado, en los que crecían abrojos de dolor, y habían desgarrado su piel en las espigas punzadoras. Aun eran casi jóvenes físicamente; mas delataban senectudes morales los hondos surcos de sus mejillas, y arados por las rejas de sus rudos padeceres estaban también sus espíritus, canos por las nieves de los pesares sin tregua ni consuelo...

Del coloquio confidencial resurgía entre ellos la dulce atracción de los días luminosos; pero una atracción más profunda, aunque más suave y también más pura. No era ya la pasión la que los unía; era el dolor el que los hermanaba.

La alegría es ególatra, porque se basta a sí misma. Para los seres felices, la vida propia es toda la vida, y pasan indiferentes ante las ajenas torturas, que no pueden comprender, que acaso no ven siquiera, cegados por los esplendores de su dicha. Los desgraciados se buscan entre sí por comprensión, fraternizan por la necesidad del recíproco apoyo, se enlazan por el mutuo alivio de sus aflicciones. Es más rudamente opresora la cadena que aprisiona a uno solo que la que aherroja a dos delinquentes; ésta parece menos dura y vengativa, como es menos pesada una carga compartida por varios hombros.

Y eso fueron ella y él; dos penados sujetos por los eslabones de sus tristezas, que los unían de nuevo para no separarlos nunca más.

Como aquellas linfas bullidoras que bifurcadas por un escollo en su camino volvieron a unir sus dos corrientes en un solo cauce, para terminar en el mar, en cuyo seno deslicen todas las impurezas que arrastraron en su marcha los más enturbiados caudales, así los anónimos actores de mi narración unificaban sus existencias, y junto irían hasta la muerte, en cuyos dominios, más extensos que todos los mares, porque tienen la grandeza de lo infinito, de lo insondable, diluirían sus vidas turbulentas las amargas heces que en ellas depositaron los aluviones del dolor.

Mi cementerio

Guardo en el alma un cementerio vivo:
la que me dió la luz en él descansa;
hablo con ella en mi oración de noche,
y en ella pienso al colorear el alba.

Siento latir su corazón de madre,
mover su espíritu, agitar sus alas,
y con sus ojos lumínar mi frente
y con sus besos refrescar mis ansias.

Quando me abruma la maldad del mundo
y ya vacilo con la lucha humana,
la imagen pura de mi madre surge
y ella me alienta con su voz de santa.

Nunca se agota lo que Dios bendice
y nunca muere lo que el cielo ampara:
Dios la llevó para ensalzar su gloria,
y está en el cielo como está en mi alma.

Mi noble padre abandonó la vida
cuando yo, loco, en la niñez jugaba;
me dió su nombre, su altivez, su anhelo,
herencia rica que conservo intacta.

Era mi padre de virtud ejemplo,
de ingenio vivo, de cultura sana,
e ideales puros, sembrador de bienes,
justicia en todo, sin dañar en nada.

Se fué el primero a despejar la senda,
que ella siguió a la región más alta,
do sólo existen inefables dichas
que aquí en la tierra por jamás se alcanzan.

Gozan el premio de su amor, unidos
por áureo lazo, inextinguible gracia;
mas ¿quién les lleva de mí ser las flores
para tejerles inmortal guirnalda?

¡Tres de mis hijos! Quernbines bellos,
que cual tributo me arrancó la Parca.
Su viaje eterno, como todos, triste,
causóme heridas que el dolor amarga.

¡Grande la ofrenda que rindió el cariño,
hermosas vidas, ilusiones caras!
¡Ángeles míos! ¡Que inspiráis mis cantos,
sed mensajeros de mis rimas gratas!

Ya me figuro que por sendas de oro,
esos querubines misteriosos vagan,
y convertidos en brillantes chispas,
luz de consuelo sobre mí derraman.

Son esos seres los que, muertos, viven
en la memoria que el amor les guarda,
sin que los hiera de la tumba el frío,
porque se animan al calor de mi alma.

Ricardo AHUMADA M.

